

7

La Protección Celestial

EL VETERANO Darío Monge colportaba hasta los últimos rincones del territorio que se le asignaba en el frío altiplano del sur del Perú. Un día se enteró de una aldea llamada Incahuasi, a la cual no llegaba ningún medio de transporte. Andando con su carga al hombro, entre los tres y cuatro mil metros de altura, caminó 27 días hasta llegar allí. Con la bendición de Dios pudo vender en esa aldea veinte libros, diez de ellos *El conflicto de los siglos*.

En muchos de esos lugares, el sacerdote es casi el dueño del cuerpo y el alma de la gente. En el pueblo de Chinchiro ofreció *El mundo del futuro* a dos oficiales del gobierno. Uno de ellos le dijo:

“Si Ud. vende este libro al dueño de esa panadería, nosotros también se lo compraremos”. Fue a ver al dueño de la panadería, sin sospechar quién era. Cuando llegó, encontró que era el cura del pueblo. No obstante, el cura compró su libro, después de lo cual todos los que sabían leer en ese pueblo, doce personas, se lo compraron también.

El día señalado entregó todos los libros y al final fue a ver al cura, quien le dijo enojado:

—Ud. me engañó.

—¿Por qué se enoja Ud. que es el dirigente católico?
—respondió el colportor.

—Tiene razón —agregó el cura— vamos a ser amigos, y recibió su libro.

El cura supo que Monge seguiría a Ocapampa. Allá se le anticipó y advirtió a la gente:

—Va a venir aquí un joven muy astuto a ofrecer libros. Hasta me engañó a mí y me vendió uno de sus libros.

Al llegar a Ocapampa, Monge encontró al alcalde, al gobernador, al juez y al comandante esperándolo. Y en seguida se pusieron a atacar el sábado.

El comandante les dijo a las otras autoridades:

—Yo conozco a los adventistas. Este joven tiene razón.

—Vean en el diccionario —les dijo Monge—, la palabra sábado, y sabrán que el séptimo día es el sábado.

Los funcionarios fueron a ver pero no regresaron. Entonces el comandante los mandó a buscar con un guardia. Volvieron avergonzados, y le dijeron:

—Ud. tiene razón. Perdónenos.

—Venga a almorzar conmigo —agregó el alcalde.

Otro lo invitó a cenar. Desde entonces todos compitieron por agradar a Monge. Compraron sus libros y lo alimentaron durante los quince días que colportó en Ocapampa.

En Rangracancho tuvo una experiencia dramática. El gobernador, el único que sabía leer, le compró algunas revistas. Cuando la esposa lo supo, se enojó mucho y azuzó a la gente contra el colportor. Se reunieron muchos de ellos con piedras y palos y pidieron que saliera el protestante. Se aglomeraron como seiscientas personas.

El gobernador no sabía qué hacer. En ese instante crítico, se presentó un desconocido alto, blanco, bien vestido, y le preguntó al gobernador:

—¿Qué quiere esa gente que está afuera?

—Este hombre es adventista —contestó el gobernador—. Esa gente se ha juntado contra él y no sé qué hacer.

—¿No es Ud. la autoridad aquí? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Yo vine desde Lima —agregó el visitante—, conozco a los adventistas que son buena gente. Ud. tiene que hacer respetar a ese hombre. Si alguna cosa le pasa, Ud. será responsable. Debe defender su vida.

Eran las once de la mañana. El gobernador llamó a sus catorce asistentes y dispersaron a la turba. En ese momento, inesperadamente cayó una fuerte granizada que obligó a la gente a refugiarse. Después se extendió una densa niebla.

El gobernador le dijo a Monge:

—Esta es su oportunidad de salir e irse del pueblo. Y mandó a tres hombres que llevaran su carga y lo acompañaran hasta el siguiente pueblo. Durante el viaje, Monge les predicó el mensaje adventista.

“El que os toca, toca la niña de su ojo”, dijo el profeta. Los que aman a Dios y le sirven, son muy caros para él, y toda la protección del cielo está sobre ellos.

“A Ud. la están protegiendo”

La destacada colportora de Trinidad, Sylvia Patrick, nos contó un día una asombrosa experiencia que había empezado trece años antes, que no había terminado aún, y que evidencia el tierno cuidado de Dios por sus abnegados obreros.

Un año después de haber empezado a colportar, Sylvia soñó que alguien le recomendaba leer el Salmo 101 antes de salir a su trabajo. Cuando se levantó, olvidó su sueño, pero lo recordó mientras iba por la calle hacia su trabajo. Entonces regresó a su casa, leyó el salmo, se encomendó a Dios y salió.

En la primera casa donde entró comprendió la razón del sueño. Después de oír la presentación del libro *La solución divina*, el hombre le dijo: “Déjeme buscar a mi guardián para poder hablar con Ud.” Se fue a otro cuarto y volvió con un gran anillo en su dedo. Después de mirar el libro, rehusó comprarlo, y le dijo a la colportora: “Yo soy espiritista”.

En ese instante Sylvia oyó tres golpes, y eso se repitió nueve veces. Entonces se produjo un cambio en el rostro del hombre. Ella quiso hablar, pero algo le dijo: “Quédate quieta”.

Cuando ella se levantó para irse, el hombre, con los ojos desorbitados, se acercó hacia ella con rapidez como para

atacarla; pero se detuvo y con una voz extraña le dijo: “¡A Ud. la están protegiendo! ¡A Ud. la están protegiendo!”

Esto había sucedido trece años atrás. Ahora poco antes de llegar ella a la asamblea, había ocurrido la segunda parte de esta experiencia, algo más sorprendente aún. Un sábado de mañana, cuando Sylvia iba a la iglesia, un desconocido la saludó en la calle y le preguntó:

—¿Es Ud. la que vende el libro *La solución divina*?

—Sí, yo soy —le respondió—, ¿por qué?

—¿Se acuerda que hace trece años visitó a un espiritista y le ofreció ese libro?

—Sí, recuerdo. ¿Y que pasó?

Entonces el hombre le contó: “Hace pocos días ese hombre tuvo un sueño y quedó perturbado. En el sueño él la vio a Ud. con ese libro en una mano y la Biblia en la otra. Y ahora él me mandó a ver si podría encontrarla para que me venda ese libro y una Biblia”.

Este último episodio había ocurrido solo tres semanas antes de la asamblea en la cual Sylvia contó el relato. Sin duda, Dios quiere hacer algo más por ese hombre.

Aunque este caso no había terminado aún, muestra por lo menos tres cosas: Primero, el Señor ama, acompaña y protege a los que trabajan para él; segundo, incesantemente y por largos y pacientes años, el Espíritu Santo obra en el corazón de las almas para guiarlas a Dios; tercero, es tiempo de que junto con nuestros libros, vendamos la Biblia a la gente.

Se cayó el techo

Víctor Mancilla fue a colportar a un alejado pueblecito cerca de Potosí, Bolivia. El dueño de una casa donde se acercó a buscar alojamiento, le mostró un cuarto cuyo techo estaba por caer, y le dijo: “Es lo único que puedo ofrecerle”.

Como no encontró otro albergue, Mancilla aceptó pasar esa noche ahí. Ese primer día le fue bien, tomó once pedidos para *El conflicto de los siglos*, inclusive el de su hospedero, y al día siguiente entregó esos libros.

Algunas semanas más tarde, Mancilla se encontró en

otro pueblo con su hospedero, y este hombre le dijo: “¡De la que se salvó! Al día siguiente de su estada allá, se cayó el techo de aquel cuarto donde Ud. se hospedó”.

Impresionado por esa protección providencial, el hombre leyó *El conflicto* con más atención y empezó a guardar el sábado. Cuando Mancilla contó este caso, tenía ocho interesados en ese pueblo, tres de ellos ya bautizados.

No lo vieron

Cuando estemos en el reino eterno, el ángel que nos acompañó y ayudó en esta vida, nos contará los muchos casos en que nos protegió y salvó de peligros invisibles para nosotros.

Pero en una ocasión, Olegario Almeida fue consciente de la protección de Dios en su trabajo. Tenía que ir a entregar un libro a un hacendado. Para llegar hasta allá, tenía que atravesar un denso bosque de unas tres cuadras de largo, con un fangal en el medio.

Al llegar al fangal, Olegario presintió cierto peligro, y sintió la impresión de que debía detenerse y leer el Salmo 91. Después de leerlo y orar, se sintió tranquilo, siguió su camino y entregó su libro.

A su regreso, al llegar al mismo lugar otra vez se sintió aprehensivo, y le invadió el apremio de refugiarse en Dios. Esta vez leyó el Salmo 1, oró y siguió su marcha.

Ese día era jueves. El domingo siguiente alguien le preguntó: “¿Supo lo que pasó ayer en el bosque?” Y le contaron que durante toda la semana, tres asaltantes habían estado apostados en aquel bosque para atacar a los transeúntes, y que el sábado habían matado a un hombre.

Sin embargo, Olegario había atravesado dos veces ese bosque, y los malhechores no lo habían visto, ni a la ida ni a la vuelta.

Los colportores son de Dios

A las 7 de la mañana de ese día, el colportor venezolano Felipe Escorche salió a trabajar en el campo, sin sospechar la dramática experiencia que le esperaba.

Cuando iba acercándose a su territorio, vio a dos hombres de aspecto sospechoso. Y lo que temía, sucedió. Los hombres se acercaron a él con la peor intención. Sacaron sus machetes y lanzaron golpe tras golpe contra el indefenso colporteur. Sin embargo, sucedió algo raro. A cada golpe, los machetes chocaban entre sí. Se oía el ruido de los choques, saltaban las chispas, pero ningún golpe tocaba al colporteur.

Al fin los asaltantes se asustaron. Uno le gritó al otro: "Este hombre está embrujado". Y los dos huyeron desparvoridos.

El colporteur quedó conmovido por esa amante protección de Dios, y siguió su camino desbordando de gratitud.

Dos mujeres habían visto la extraña escena, esperando que de un momento a otro, aquel desconocido cayera despedazado por los machetes. Cuando el colporteur pasó cerca de ellas, una le dijo: "Usted debe ser un hijo de Dios".

Esa muestra del cuidado divino le dio tal ánimo al colporteur, que al contar esta experiencia agregó: "Ese fue el día de más éxito en mi vida. Nunca tomé tantos pedidos como en ese día".

Sí, los colportores son de Dios, son sus obreros a los cuales él ama y cuida como a "la niña de su ojo" (Zac. 2:8). La Hna. White los llama "evangelistas de Dios" (*El colporteur evangélico*, pág. 59). Por eso los ángeles del cielo los acompañan, los protegen y les dan éxito en su abnegado trabajo misionero.

A tiros de revólver

Gracias a dos tiros de revólver, un hombre recibió el libro que había encargado y decidió ser adventista.

Ocurrió con el pequeño, pero valiente colporteur José P. Sena, de Goias, Brasil. Cuando fue a entregar un ejemplar del libro *Vida de Jesús*, el hacendado que lo había encargado rehusó recibirlo. Sin embargo, la esposa del hacendado trajo el dinero para recibir el libro y Sena se lo entregó.

Eso encolerizó tanto al hombre que arrebató el libro de manos de su esposa, y diciendo que estaba dispuesto a matar y morir, entró corriendo en su dormitorio y regresó con un revólver. Apuntó a quemarropa contra Sena y le disparó dos tiros. Se oyeron las detonaciones, salió humo del caño del revólver y salieron las dos balas; pero cayeron a los pies del hacendado.

Cuando él vio las balas en el suelo, tiró el revólver exclamando: "Nunca me había fallado un solo tiro con este revólver". Aunque él no lo sabía, el mismo Dios que había cerrado la boca de los leones ante Daniel, había desviado el rumbo de las balas.

En vista de esta situación, Sena tomó el libro, lo guardó en su maletín y se fue. Había andado apenas unos treinta metros, cuando dos hijas del hacendado lo alcanzaron corriendo, llevándole el dinero en nombre del padre y pidiendo el libro.

Entonces el colporteur regresó para entregar el libro personalmente. El hacendado le dijo: "Yo soy un infeliz, pero Ud. es un hombre de Dios. Perdóneme por la escena que provoqué".

No sólo recibió el libro, sino que pidió a Sena que le enseñara la Biblia. En el acto Sena le dio un estudio y el hombre prometió asistir a nuestra iglesia y hacerse adventista.

"Después de salir de ese peligro —dijo Sena—, recordé la promesa del Señor: 'El ángel de Jehová acampa en alrededor de los que le temen y los defiende'".

"¿Ud. es religioso?"

A veces el colporteur pasa por experiencias que lo espantan, como sucedió con J. S. Teves, en el norte argentino. Cuando llegó a una casa de campo, el dueño salió a recibirlo con un enorme cuchillo en la cintura y mirándolo seriamente, le preguntó:

—¿Qué quiere?

Teves miró el rostro adusto del hombre, miró el largo y filoso cuchillo y sintió un escalofrío por toda la espalda.

No obstante, disimulando el susto, le habló al dueño acerca de su finca.

El campesino seguía serio y le contó a Teves que un tiempo antes alguien lo había visitado y, con un cuento le había sacado dinero. Entonces Teves tuvo una feliz inspiración. Le dijo al hombre que él había venido a traerle un obsequio. Y sacando un folleto de su maletín, le ofreció el curso bíblico gratuito. El hombre cambió radicalmente de actitud y en tono cordial, le preguntó:

—Entonces, ¿Ud. es religioso?

—Sí, señor.

—Me lo hubiera dicho antes —dijo el hombre, y habiendo visto los libros en el maletín, agregó—: ¿Qué libros lleva?

Algunos colportores han descubierto que mencionar que ellos y los libros son religiosos, les granjea la confianza y la buena voluntad de la gente y facilita su éxito.

Todavía asustado, Teves sólo le mostró seis revistas, y el hombre las compró. Animándose un poco, le ofreció la suscripción, y el hombre se suscribió, y siguió preguntando por los libros. Cuando vio los libros, compró todos los que Teves le mostró.

Cuando la gente sabe que el colportor es un cristiano y un misionero, depone su desconfianza y compra con prontitud. Por eso muchos colportores han aprendido a presentarse desde el comienzo de la entrevista como misioneros adventistas, y generalmente son mejor atendidos.

Ud. morirá primero

“Si Ud. trata de estrangularme, Ud. morirá primero”, dijo el valiente colportor colombiano, Campos E. Mendoza, a un agresivo cliente que le estaba apretando la garganta.

Cuando el colportor tomó el pedido para un juego de seis libros grandes, ese hacendado se había mostrado cordial y había pagado la mitad del valor de los libros. Disgustado ahora, el hombre le dijo al colportor: “Supe que los libros son protestantes y no los quiero. Devuélvame el dinero o no saldrá vivo de aquí”.

El hombre era alto y fuerte, y el colportor menudo. Siendo nuevo en su trabajo, Campos no supo qué contestar. Sin embargo, le dijo respetuosamente:

—Don Joaquín, nuestra institución no acostumbra devolver el dinero.

El hombre se puso furioso. Saltó sobre el colportor, lo agarró del cuello y apretándolo con fuerza, le dijo:

—Si no me devuelve el dinero, no saldrá vivo de aquí.

Esforzándose por librarse, el colportor pudo decirle:

—Si trata de estrangularme, Ud. morirá primero.

—¿Por qué? —preguntó el hombre mientras apretaba más aún.

Haciendo su mayor esfuerzo, Campos respondió:

—Porque anda con nosotros una compañía de ángeles, y en el momento en que Ud. me toque, ellos lo tocarán a Ud. y morirá.

Tan pronto como el colportor terminó de pronunciar esas palabras, ese hombre, con todo su peso, cayó inconsciente al suelo. Su esposa y sus hijos que estaban presentes, se alarmaron.

El colportor comenzó a frotarse el cuello para aliviar su dolor. Sin embargo, preocupado por el hombre, se acercó a él, lo llamó por su nombre y lo sacudió, pero no recibió respuesta. Pidió un vaso de agua y le dio a beber. Entonces el hombre abrió los ojos, pero aturdido preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Ud. está en su casa —respondió Campos—. Yo le traje los libros que me encargó. Ud. trató de estrangularme, pero como los ángeles están con nosotros, Ud. cayó desmayado.

Lentamente el hacendado se incorporó y dijo:

—Ahora creo que Ud. es un santo. Quiero seguir su religión. ¿De qué religión es Ud.?

El colportor le mencionó las palabras “adventistas del séptimo día” y le habló de la segunda venida de Cristo y de los mandamientos de Dios.

Entonces el hombre preguntó:

—¿Qué debo hacer para pertenecer a su religión? Después de algunos estudios bíblicos, el hombre aceptó el sá-

bado y empezó a asistir a nuestra iglesia. Por supuesto, aquel día recibió sus libros.

El Señor nunca defrauda a los que confían en él. “Tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron”. Y la Hna. White afirma: “El hará más que cumplir las más altas expectativas de aquellos que ponen su confianza en él” (*Obreros evangélicos*, pág. 277).